

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La subscripción se contará desde 1º y de cada mes. No se devuelven los originales. Redacción Plaza San Agustín, 7.—Administración, Medios, 4.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31, Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Pike, 21-Park Row. Berlin, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador.

Desde Londres

El "Home-Rule" y sus efectos

Con frecuencia somos ocupados de la política exterior de Inglaterra. Las exigencias de la actualidad nos llevan hoy hábilmente de su política interior, dentro de ella el problema que merece interés más singularmente la opinión pública, el de la concesión de la autonomía a Irlanda, que, por segunda vez, el Parlamento acaba de decidir. Esto es lo que se llama el «Home Rule» para Irlanda, es la cuestión política del día.

Y apenas se el Parlamento y en la Prensa se habla de otra cosa que de la actitud que, en vista de la decisión de la Cámara de los Comunes, van a adoptar los adversarios de esa ley libertadora de la Irlanda secularmente oprimida. Los diarios unionistas arrecian en su campaña contra el Gobierno; los clérigos protestantes usan del pulpito con la misma finalidad profana; los diputados enemigos del «Home Rule» organizan una cruzada á través de Inglaterra y de Escocia, para ir predicando á los electores la necesidad de evitar que Irlanda se emancipe. Y hay en todo ello tal calor de entusiasmo, tal pasión, tal fervorosa fé en la eficacia de la propaganda, que uno acaba por comprender cuando hay de falso y de simulado en la proverbial frialdad inglesa.

La aspiración de los irlandeses á gobernarse á sí mismos, es legítima. Con la justicia de esa pretensión yo lo he visto aún, de parte de sus adversarios, ninguna razón convincente. Pero la lucha entre autonomistas ó nacionalistas irlandeses unionistas, no se plantea realmente en el terreno de la razón, sino en el plano más candente y más resbaladizo del sentimiento y el más sensible de los sentimientos: el religioso.

La mayoría de los irlandeses son católicos pero católicos militantes, practicantes, colosos de su religión y de los ritos de su culto. Pues esta mayoría católica coincide en el terreno político con los nacionalistas ó autonomistas. El partido autonomista irlandés tiene como profunda base sentimental el catolicismo de la gran mayoría de la población, que aspira á sacudir la tutela del Gobierno de Londres y á regirse por sí misma; y claro es que ese movimiento libertador coadyuva elementos no católicos que cooperan al mismo fin autónomo por motivos inspiradores muy distintos del religioso; pero el que dá cohesión á la masa popular irlandesa, lo que la funde en una común aspiración, lo que fortifica su impulso y lo hace tenaz é irresistible, y lo exalta y acrecienta á cada nueva contrariedad, es precisamente la identidad de creencias religiosas y su rivalidad con las creencias religiosas de sus adversarios.

El foco de resistencia más activo contra el «Home Rule» está en la misma Irlanda, en la región industrial de Ulster, constituido por un núcleo de población de origen inglés, y de religión protestante, á la que indigna la perspectiva de verse sometida á un Gobierno y á un Parlamento constituido en su mayoría por católicos. Estos unionistas de Ulster se agrupan alrededor de unos cuantos grandes indus-

triales en cuya desconfianza el Gobierno autonómico irlandés probablemente se mezclan los recelos económicos con los temores religiosos. Pero en todo gran movimiento popular, á las dos ó tres ideas que animan á la mayoría, se unen mil y mil propósitos particulares que, desde el punto de vista político no ofrecen un gran interés y el temor que estos grandes industriales de Ulster pueden abrigar respecto á los planes tributarios del Gobierno autonómico, no es bastante eficaz para provocar y sostener una rebelión contra el Gobierno, aunque sí lo sea para ayudarla. No; lo que dá un carácter grave é interesante, por tanto, al conflicto, es adivinar que la cuestión política es el pretexto por que van á luchar muchos dummies animados de sentimientos religiosos contrarios, para las que una rivalidad y una hostilidad contenidas durante muchos años, necesariamente tenían que acabar en una contienda. Un periódico de Londres, «The Daily Telegraph», ha publicado extensas informaciones de un redactor que ha visitado la comarca de Ulster y que, desde el punto de vista protestante, lo ha visto también así. La separación entre católicos y protestantes es, desde hace mucho tiempo, tan marcada, que hasta las cosas más nimias se lleva.

Un habitante del país sabrá distinguir á los católicos de los protestantes por sus modales, por sus costumbres, por sus vestidos; dirá, al pasar junto á una casa, si su dueño es protestante ó católico; y hasta viendo á un perro podrá adivinar á cual de las dos confesiones religiosas pertenece su amo. Los protestantes son ricos y de origen inglés, es decir extranjeros. Los católicos suelen ser pobres y de origen indígena. La solidaridad que el vínculo religioso establece entre cada bando, se encuentra reafirmada así por estas afinidades económicas y étnicas.

Pero, en fin, puesto que el Parlamento inglés se ha pronunciado ya de modo definitivo sobre la cuestión, parece que los unionistas debieran respetar lo que ya tiene fuerza de ley. No es así. Sin embargo, Los adversarios del «Home Rule» han decidido resistir á la constitución de un Parlamento irlandés por todos los medios, incluso con las armas en la mano. Y, al efecto, han comenzado á adquirir fusiles y bayonetas para resistir al Gobierno; y á adiestrarse en toda suerte de ejercicios militares. Viejos soldados les hacen aprender la instrucción y el manejo de las armas. Están ya constituidos en compañías y batallones. Y de la seriedad del propósito da idea el hecho de que á esta fecha las autoridades se han incautado ya de más de seis mil fusiles que estaban cuidadosamente ocultos, destinados al armamento de los facciosos. ¿Una guerra civil en Irlanda? ¿Una reproducción en Inglaterra del espectáculo español del siglo XIX? La sola enunciación de esta posibilidad parece tan descabellada, pugna tanto con la idea ordenada, de cosa definitivamente establecida que tenemos de Inglaterra, que es difícil concebir cómo los periódicos de Londres la acogen y la comentan con apariencias de verosimilitud, sin burlas y sin ironías. Pero no son sólo los periódicos; no es sólo la captura de fusi-

les fraudulentamente desembrindados en Dublin y en Belfast y escondidos en Hamersmith; es que en la Cámara de los Comunes se ha formulado la intención de la guerra civil; es que se han abierto subscripciones públicas para ayuda de los futuros combatientes.

Y todo esto que para ser tomado al pie de la letra significaría una aguda crisis en la vida nacional inglesa, es demasiado concreto para que nadie tenga el derecho de tomarlo á broma ó á «bluff» sin que la seriedad y la moralidad del pueblo inglés sufran un grave detrimento. Es decir, que si los diputados unionistas y los organizadores de Ulster no están plagiando á Tartarín para intimidar al Gobierno—lo que, dicho sea de paso no parece fácil, tampoco—dentro de unos meses, quizás dentro de unas semanas, Inglaterra disfrutará el doloroso pero decente espectáculo de una guerra civil, aquí desconocida ó poco menos, desde la época de Cromwell. Una guerra civil para oponerse á la autonomía de Irlanda parece cosa demasiado fuerte. Montero Rios, en España, ni siquiera ha osado provocar una crisis para resistir al proyecto de Mancomunidades, que respecto de Cataluña, viene á ser una especie de «Home Rule». Verdad es que la política inglesa se hace todavía por realidad, y la política española apenas si se hace ya más que por y sobre vanas palabrerías.

Los rebeldes de Ulster, es decir, los que se rebelarán dentro de algún tiempo si todas sus amenazas no son una especie de «chantage» político, cuenta con grandes simpatías en Inglaterra. La religión, que los separa del pueblo irlandés, los une espiritualmente á los ingleses. Y esa simpatía viene manifestándose, aparte de las reuniones públicas y de las excitaciones epistolares que aparecen en los periódicos, por el resultado de las elecciones parciales que todos estos últimos meses vienen verificándose, y en las que los candidatos unionistas triunfan siempre, y cuando retienen un puesto ya logrado en otras elecciones es con un aumento considerable de votos sobre las mayorías obtenidas anteriormente.

Tal es uno de los principales aspectos de la política interior de Inglaterra. Descenemos con ella de las grandes perspectivas á la posibilidad de una guerra civil. El contraste con su política exterior, no puede ser más interesante.

JUAN PUJOL.

A MELILLA

Madrid 29 m.

Comunican de Cádiz que procedente de Córdoba llegó un tren especial que conducía noventa y seis soldados y treinta y un jefes y oficiales del regimiento de la Reina.

Embarcaron en el «Canalejas», que los llevará á Larache.

El «Canalejas», lleva también mucho material sanitario y municiones y gran cantidad de harina.

Para las damas

Tollette de paseo

Exponemos hoy á nuestras abonadas un modelo de vestido de paseo de una sorprendente distinción y muy elegante.

Es original la forma de la falda confeccionada de dos telas de distintos tonos y el cuerpo, deiciosa y vaporoso, va adornado con bordados de tonos vivos y sujeto á la cintura por una ancha cinta de terciopelo oscuro.

Enciclica (Ad usum Delphini)

Se acercan las elecciones municipales ¡qué gusto! A los que venden velones, les daremos un disgusto.

El próximo Ayuntamiento ha de ser Corporación, en que impere el elemento, peleon.

Habrà una gran mayoría de hombres vitidos, honrados.

Ya nos lo anuncia García: No queremos fracasados

Hay mucho que sanar, hay mucho que subvertir... Es nuestro lema, ¡A cobrar y á vivir!

El crédito, por los suelos, nos lleva á la bancarrota. Solo á fuerza de desvelos, se evitará la derrota.

El empréstito es urgente, nos lo pide Cartagena. ¡Que me llamen los de enfrente bolsita llena.

Cuento con Alba y con otros y con Prieto contaré. Ya me conocéis vosotros y que me llamo José.

Y cuando suba á la tribuna y gobierné á mi sabor, gustará mi servidumbre, mi vigor.

¿No fué Manuel mi Esperanza? ¿No fué mi delicia Mas? Y hoy me causa deplampanza y le llamo Ferabrás.

¿No fué Enrique mi maestro, de él no aprendí democracia? Y hoy es fúnebre y siniestro, mi desgracia.

¿No encumbré yo á Valentín y aluego lo d-gradé? Cualquiera hombre es adoquin para mi orgulloso pié.

¡Se acercan las elecciones municipales! yo espero que atienda mis reflexiones el guo y el forastero. Cesen, pues, las discusiones y el guirigay callejero. Por Dios y por Romanones soy Cunero.

X. Y. Z.

RÁPIDAS

Las estrellas

En un pueblo chico, «de cuyo nombre no quiero acordarme», deslizábase la vida monótona y uniforme, sin dolores, ni alegrías, sin emociones, ni escándalos.

La codicia de un empresario interrumpió el sueño, la modorra en que vegetaban los pacíficos habitantes de la ciudad de X.

El Teatro Principal de la renombrada villa, el vetusto coliseo de la calle del Príncipe, abrió sus puertas á la cultura, elegante y distinguida burguesía de la localidad; y pisó las tablas del antiquísimo prehistórico escenario, la escultural, encantadora y picaresca «tondillera» Ramona Pérez González, oriunda de Socuéllamos y conocida en el frívolo mundo de la farándula con el remoque de «La Gioconda».

La estrella caída... del cielo... produjo en la tierra, ávida de gérmenes y necesitada de cultivo, el mismo efecto desastroso que la mirada con unaz de un «tenorio» en el seno palpitante de una virgen. Sembrad el polvo de oro de los astros en los campos feraces, y el fuego de los soles se convertirá en flores luminosas y en frutos sazonados.

Así, las miradas ardientes de «la Gioconda» fecundaron los matrimonios estériles y precipitaron los

casamientos tardíos y produjeron pasiones volcánicas y suicidios prematuros.

Los novios tibios, los amantes tímidos, los casados melancólicos y los viudos dolientes, sufrieron las hondas torturas del mal de amores y enardecidos por la virtud perversa del ejemplo, cantaron el himno edificante de la vida, las estrofas vibrantes y bélicas de la juventud eterna.

Los viejos, abatidos, desesperados, ahitos de recuerdos y desengaños, huérfanos de esperanzas, temovieron nerviosamente los resacolos de la extinguida hoguera, y víctimas de caprichos livianos, agotaron, en las cobardes ficciones del placer, las últimas reservas de la energía caduca.

Las mujeres protestaron airadas del influjo «pernicioso» de la rival imprudente: muchas, sin embargo, no se atrevieron á hablar de moralidad, porque es, achaque de la inocencia, ignorar donde, acaba el voraz apetito y empieza la guía desordenada. Algunas, la mayoría quizá, sintieron hacia la belleza de «la Gioconda» la gratitud que es hija del interés y de la hartura. Todas imitaron su lenguaje, sus modales y sus hechizos, sus trajes, su fraseo y sus gorgoritos.

Esos cómicos ambuantes, que pasan rápidos y equívocos, por los pueblos muertos, resucitan los corazones y arrebatan las almas. Esas diosas del amor libre, que arrojan al público beso y desvergüenzas, reverdecen las ilusiones, confortan los espíritus y desentumecan los cuerpos.

Hay oficios en las Repúblicas que son necesarios y útiles, porque á la larga son reproductivos.

A. B. C.

LA MODA

Era un artista, á quien la calle apasionaba; nada más interesante que la vida al pasar: episodios graciosos, escenas regocijadas, visiones brutales, cuadros pintorescos de color. Pero, lo que más le seducía era la moda en la mujer. Anotaba esta infatigable renovación de la gracia femenina, esta gracia que consiste en la sabiduría instintiva adaptación de la moda á las suaves líneas de un cuerpo escultural.

Pero el artista quiso saber más. Como los niños, que no están satisfechos hasta haber destrozado los juguetes para ver lo que tienen dentro, quiso saber el secreto de estas transformaciones, y medir, de cerca, todo el esfuerzo de trabajo, de actividad, de paciencia, que representa la elegancia en la mujer.

Y escribió un libro en que relata lo que son estos talleres de modistos y modistas, las horas sin fin que en ellas pasa la mujer, las privaciones y aun suplicios á que se somete, sus dudas y vacilaciones, sus estudios y prácticas experiencias; todas las ilusiones y desilusiones, en fin, que la agitan por sólo esto: ir á la moda; agrandar.

Seríamos unos ingratos, si no se lo agradeceramos; pues, en fin de cuentas, la moda tiene esto de curioso, de paradójico: que somos nosotros, los espectadores, los que disfrutamos de su beneficio, y son ellas—los actores—las que sufren sus inconvenientes.

La acción de la moda se ejerce sobre todo el pueblo, pues la vista de una elegante «toilette», rica en tejidos, nueva de forma, original de inspiración, es fuente de gozo estético para todo el que la contempla.

Este gozo, se repite infinitamente para todos: en el teatro, en el paseo, en la Exposición, en el baile y en la misma calle. Al azar de nuestras idas

y venidas, sin buscarlo ni pensarlo, cuando en nuestro automático caminar por calles y plazas vamos absorbidos en individuales preocupaciones, de pronto, nuestra atención es solicitada, «acaparada», por una forma que pasa, forma moderna y viviente, que tiene aires de diosa, armonía de línea y de color, suprema encarnación de vibraciones estéticas, y que, en resumen, es sólo una expresión del problema de la moda felizmente resuelto por una modista ó modisto ideal.

Elo nos causa un placer indefinido, de esencia plástica, tanto más agradable cuanto viene á distraernos de nuestra agitada vida prosaica.

La moda, siempre palpitante y renovada, crea pues, alrededor de nosotros y para todos nosotros, una atmósfera de gracia y de belleza, á cuya seducción nadie puede escapar. Esta resultante es la consecuencia de una labor gigantesca y prodigiosa por parte de la mujer. Y es curioso que seamos nosotros en lugar de ellas, los que nos permitimos protestar y murmurar de la moda; nosotros los únicos que gozamos tranquilamente de sus armonías.

MAX

Por la Infantería de Marina

Con este título ha publicado nuestro colega «El Mundo» un artículo, que es un elocuente y grato alegato por aquel merísimo Cuerpo militar.

La Infantería de Marina, que se ha cubierto de gloria en el servicio á la Patria en todas las campañas coloniales, ha renudado su historial brillante en Marruecos, interviniendo en varios hechos de armas de la actual campaña.

Pues Cuerpo semejante está siendo tratado por el Estado con una desatención que queda descrita y ponderada con sólo mencionar el hecho de que, habiéndose creado por la ley de Presupuestos un cuarto regimiento del arma, destinado á operar en Africa, no se ha creado para nada á las plantillas de jefes y oficiales, que son para cuatro regimientos lo que venía siendo para tres.

Por consecuencia de esto, ni están los destinos cubiertos en debida forma ni se halla en campaña el Cuerpo como debía estar organizado.

«El Mundo» enumera bien los graves inconvenientes que eso tiene, y las injusticias que envuelve para aquel personal, y creemos, como el colega, que hay que poner término á ese estado de cosas, sin que para ello sea obstáculo la ley de plantillas de 1909 desde el momento en que la creación del cuarto regimiento ha variado la realidad que sirvió de base á aquella ley.

El trabajo en las minas

Madrid 29 m.

Gasset ha ordenado que con motivo de lo ocurrido últimamente en las minas de Mors, vaya un ingeniero á girar una visita de inspección y formar un expediente.

También ha dispuesto que se cumpla rigurosamente el reglamento de policía minera.

Cotización y cambios

PLOMO, 18-17-6.
PLATA, 29-2/32.
ZINC, 20-17-6.

INTERIOR, 79'10.
PARIS, 8 70
LONDRES, 27'45.